

LEBRIJA, pendiente de la remolacha, de la lluvia y del paro

UNA mañana de 1905 llegó a la estación de Lebrija, pueblo andaluz de torres renacentistas, iglesias barrocas, palacios señoriales y la eterna pobreza de la cal, un solitario viajero. No era «ni un sociólogo, ni un periodista ilustre, ni un diligente reportero». Aquel viajero diría después, en las que habrían de ser antológicas crónicas de «El Imparcial», su propio autorretrato: «Un hombre vulgar a quien no le acontece nada». Porque a quien de verdad le ocurría algo era al pueblo: Lebrija estaba entonces azotada por el hambre, el paro y la filoxera, y Azorín —que no era nuestro solitario viajero de la Andalucía trágica— llegaba para contar lo que pasaba: «Lebrija es una población

crónicas de Azorín, las tornas han cambiado en Andalucía, pero Lebrija —a pesar de no haber sufrido el zarpaço de la emigración, a pesar de un cierto bienestar— sigue con sus problemas históricos, aparte de su exclusión del marco del Jerez, que sería para hablar largo y tendido. Ya no es la filoxera y el hambre, pero sí el paro y la dependencia de un solo cultivo como acaparador de la mano de obra. Aquella población de 14.000 ha crecido hasta unos 22.000 habitantes; los tres mil jornaleros de 1905 son ahora unos cinco mil. Pero en Lebrija, hasta que no llueva, no hay trabajo. Es el eterno problema del campo andaluz, que sigue machadadamente esperando y temiendo del cielo:

La espada del monocultivo

En números redondos que se manejan en el pueblo (1), el término municipal de Lebrija, lindante con el límite de la provincia de Cádiz y con el marco de Jerez, tiene unas cuarenta mil hectáreas. Aunque existe una oligarquía local detentadora de los latifundios (ver cuadro 1), en parte de la cual comienza a advertirse una mentalidad empresarial, neocapitalista, el mayor propietario agrícola de Lebrija es el Estado: el Instituto Nacional de Colonización tiene 16.000 hec-

táreas de marismas, de las que sólo se explotan 5.000 en secano, en régimen de aparcería, permaneciendo el resto improductivas a la espera de su puesta en riego. De las 24.000 hectáreas restantes, diez mil son de monte y las demás, cultivos de secano: el trigo, la remolacha, el algodón, el girasol. El olivar —como en la mayoría de las tierras del Sur— desapareció ante su escasa rentabilidad. Los cultivos, por otro lado, cada vez se mecanizan en mayor grado:

—El girasol y el trigo —me decía un joven empresario agrícola— los siembra una máquina y los recoge otra... Y ahora ya hasta el Gobierno está primando la maquinaria de remolacha...

Porque a todo esto, hay que pre-

(1) Ruego al lector que subsane la diferencia de extensión agrícola entre el censo y los datos que se manejan en Lebrija.

Antonio Burgos

de 14.000 almas; hay en ella unos 3.000 jornaleros. De estos 3.000, unos 1.500 son pequeños terratenientes; tienen su pegajal, tienen su borrica. Los otros no cuentan más que con el producto de su trabajo; mas todos, unos y otros, están ya en igual situación angustiosa... ¿Qué sucederá dentro de ocho, de diez, de veinte días? ¿No hay acaso ninguna solución por el momento?».

Cincuenta años después de las

—Si llueve ahora —me decían allí la otra tarde— no habrá trabajo hasta enero, que es cuando habrá crecido ya la remolacha, que está sembrada, y empezará «la castra» que decimos aquí, o sea, la escarda de las plantas para dejarlas de trecho en trecho y que no se perjudiquen las unas a las otras. Pero si no llueve ahora y se tira otros veinte o treinta días sin llover, pues entonces cualquiera sabe cuándo habrá trabajo...

CUADRO NUM. 1
TAMAÑO DE LAS EXPLOTACIONES AGRARIAS Y PROPIEDAD DE LA TIERRA EN LEBRIJA

	Número explotaciones	Superficie en Has.
De 0,2 y menores de 0,5 Has.	64	22
De 0,5 y menores de 1 Ha.	61	51
De 1 y menores de 2 Has.	147	191
De 2 y menores de 3 Has.	92	217
De 3 y menores de 4 Has.	85	281
De 4 y menores de 5 Has.	49	213
De 5 y menores de 10 Has.	126	881
De 10 y menores de 20 Has.	91	1.186
De 20 y menores de 30 Has.	28	676
De 30 y menores de 50 Has.	15	515
De 50 y menores de 70 Has.	8	470
De 70 y menores de 100 Has.	13	1.093
De 100 y menores de 150 Has.	5	628
De 150 y menores de 200 Has.	3	504
De 200 y menores de 300 Has.	7	1.755
De 300 y menores de 500 Has.	7	2.624
De 500 y menores de 1.000 Has.	3	2.023
De 1.000 y más Has.	3	19.280
TOTALES	807	32.810

Fuente: Censo Agrario de España, 1964. Elaboración propia.



En la base de las clases sociales lebrijanas está el peonaje agrícola: los hombres que, si no llueve, llenarán la plaza en espera de ese manijero que nunca vendrá a contratarlos porque la remolacha aún no ha crecido.



El paro depende en gran parte de la remolacha, de la recesión o avance de ese cultivo, de que llueva o no llueva.



Con las prisas por la industrialización se han olvidado del campo y de una política tan rentable en estos momentos, desde el punto de vista internacional, como es la política de las materias primas.

guntarse en qué trabajan los lebrijanos. Según datos del Sindicato local, la población activa es muy baja, como siempre ocurre en Andalucía; sólo 6.735 personas, de las que la mayoría (6.298) se emplean en la agricultura y sólo un exiguo grupo (437) en la mínima industria y en los servicios locales. Pero la cifra que se da en el pueblo para el peonaje agrícola son cinco mil hombres.

En la pirámide de las clases sociales lebrijanas, la cúspide está

ocupada por unas pocas familias terratenientes —no más de cinco apellidos me llegaron a determinar entre la oligarquía— que no viven allí, sino en la plaza de Cuba o en la avenida de la República Argentina, los enclaves más señoriales del barrio sevillano de Los Remedios. Los intereses de esta clase propietaria y absentista están defendidos por una pequeña clase dirigente, que se comporta como la burguesía local que quiere ser; formada por profesionales, funciona-

rios, empleados de cierto rango, gestores de los propietarios, etcétera, detenta de hecho el poder local y sus resortes y el pueblo llano la suele confundir con el concepto de «autoridad». Más hacia la base todavía, en esta estratigrafía social de urgencia, nos encontramos con los «mayetos», que son los pequeños propietarios agrícolas que labran su propia tierra y que, eventualmente, contratan mano de obra para estos trabajos; por decirlo de algún modo, los de la bo-

rrica y el pegujal que distinguía Azorín, naturalmente evolucionados con los tiempos.

Y en la base, el peonaje agrícola. Los hombres que, si no llueve, llenarán la plaza en espera de ese manijero que nunca vendrá a contratarlos, porque la remolacha aún no ha crecido. Son los lebrijanos que viven en las nuevas barriadas por las que se ha extendido el pueblo, casi todas de iniciativa privada: «Barejones», San Benito, Zancarrón, La Cooperativa... O los que siguen habitando en régimen de casa de vecinos (lo que en la capital es un «corral») en la calle de la Silera, en la que —quitando algún pequeño comercio, alguna taberna, alguna panadería— no hemos podido encontrar ningún edificio utilizado exclusivamente por una sola familia.

Si antes era el hombre del caserío provinciano, el señorito o el mayeto, el que miraba al cielo, ahora son estos trabajadores del campo lebrijano quienes al cielo temen, lo que —como después se verá— no deja de ser un bonito decir. Porque con un año de climatología adversa ha coincidido una crisis general de la economía española (y en particular de la economía andaluza, siempre afectada en sus cimientos por los problemas del subdesarrollo) y unos problemas muy concretos en la remolacha. Con la repartición de la tierra y con el trabajo de los mayetos en las suyas propias, los braceros de Lebrija han de salir a buscar el jornal fuera del término, al marco de Jerez, a Sanlúcar, a las vegas del Guadalquivir, donde se siembra algodón. Se trabaja cómo y dónde se puede, en este cultivo o en el otro, en el término ▶

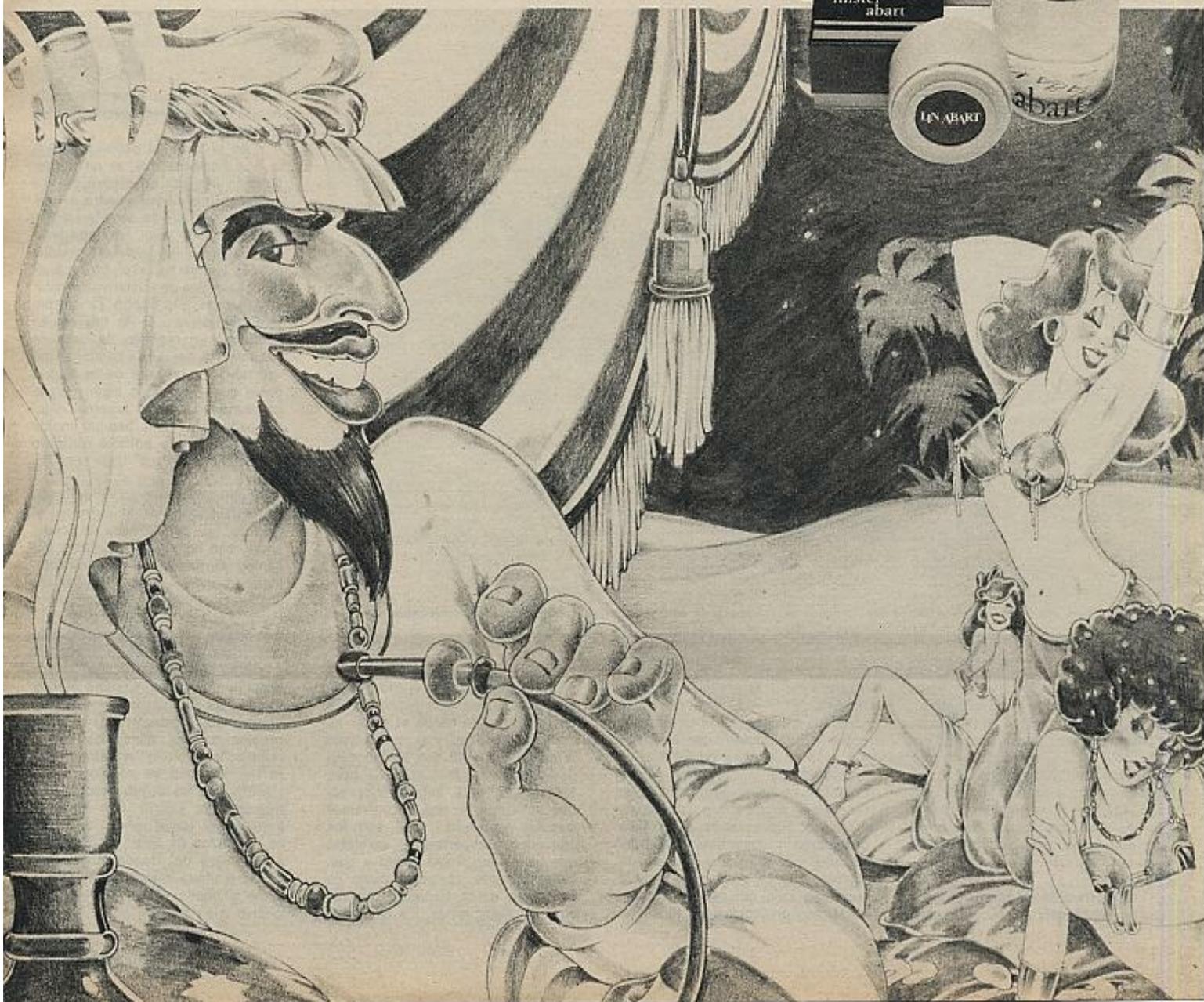
El Jeque Harun al Raschid cambia petroleo por Mr. Abart.

Desde que lo probó hay revuelo en el harén. «¿A qué hueles hoy mi jeque? ¿Qué es este suave y viril aroma? ¿Por qué todas nos sentimos atraídas por él?».

Y ahora quiere más Mr. Abart y ofrece petróleo a cambio.

«Prefiero la energía que me comunica una fricción de Mr. Abart que la de cien barriles de crudo». Dice el jeque. Y en la OPEP quieren expulsarle.

Contra la crisis de energía:
Colonia, after shave,
desodorante,
gel de baño,
jabón y
crema
de afeitar.



LEBRIJA

o en un pueblo más o menos cercano... Con todo y con eso, los días de jornal no suelen pasar, en el mejor de los casos, de los doscientos al año.

Mientras se importa remolacha...

El paro, pues, depende en gran parte de la remolacha, de la recesión o avance de este cultivo, de que llueva o no llueva. Junto con la climatología, de que se siembre remolacha o no siembre, de que el precio puesto por el Gobierno sea rentable o no para los empresarios. El año pasado el paro de la remolacha duró tres duros meses, hubo después una silente manifestación de nombres por las calles del pueblo el Viernes de Dolorés. Este año no se sabe.

—Un sesenta o setenta por ciento de los trabajadores —me decía el presidente de la Hermandad Sindical de Labradores, un hombre abierto y con una clara visión de los problemas que se le plantea a la patronal— va a Jerez a la remolacha o a la uva, pero más a la remolacha. Pero tenemos el problema político de este cultivo; no se paga su precio, no interesa sembrarla; baja la producción, escasea el azúcar, se importa azúcar... Pero también baja el empleo en un cultivo social como éste, fundamental para nuestra zona. Hace dos años, en el término de Lebrija se sembraron cinco mil quinientas hectáreas de remolacha; el año pasado, al bajar los precios, sólo sembraron dos mil cuatrocientas cincuenta hectáreas, menos de la mitad, y se plantó girasol. ¿Razones de que no se sembrara? Por un lado, el problema político del precio; después, la subida de los abonos en un cien por cien, como consecuencia de la crisis del petróleo; el aumento de los costos de la mano de obra, del transporte. El último precio se ha fijado en dos mil cuatrocientas noventa y cinco pesetas lo tonelada de dieciséis grados colorimétricos; creo que este año se sembrará más que el pasado, pero menos todavía que hace dos años. Y en Jerez ocurrirá lo mismo. Yo creo que aquí se sembrarán unas tres mil quinientas hectáreas, pero habrá menos jornales que hace dos años. La planta todavía no ha nacido y yo en abonos y tareas previas ya me llevo gastadas cuatro mil quinientas pesetas por hectárea. Y mientras, los hombres parados. El año pasado el paro se absorbió bien, porque tuvimos la suerte de que coincidió con nuevas plantaciones de viñedos en el marco de Jerez y dieron allí mucho trabajo. Pero este año, que no hay sembrado de viñas, como no llueva no sé qué va a pasar. ¡Al paro otra vez! (2).

(2) En los pueblos andaluces se llama paro tanto al desempleo estacional como a los fondos que se destinan oficialmente a combatirlo, invirtiéndolos en obras públicas y mejoras locales.



Quizá sea únicamente en Lebrija —donde viven unos tres mil calés— donde se haya dado una integración completa de los gitanos en la sociedad paya; su misma participación en trabajos agrícolas lo demuestra suficientemente.

Este del azúcar es un problema que saben que existe, pero que no lo quieren arreglar. Mira, con las prisas por la industrialización se han olvidado del campo y de una política tan rentable en estos momentos desde el punto de vista internacional como es la política de las materias primas. Mientras otros países luchan por sus materias primas, nosotros nos las estamos dejando ir, y pagamos por importarlas. Esto no es que lo diga yo. Si quieres vemos un informe de la Hermandad Nacional de Labradores,

Calendario para ir tirando

La remolacha, como hemos dicho, se siembra ahora, ya está sembrada. Cuando llueva —si es que llueva alguna vez en este largo otoño andaluz de la crisis—, se hará el «entresaque», también llamado «castra», lo que podrá ser hacia enero como muy pronto. Luego, en febrero y marzo, vendrá la escarda, llamada «chasca» por quienes la realizan, tarea que consiste en quitar las hierbas. La remolacha no volverá a dar trabajo hasta julio, en que comenzará la gran temporada de la zafra («saca»), noventa días de trabajo asegurado, hasta septiembre, aunque en durísimas condiciones: a cuarenta y dos grados a la sombra (sólo que a pleno sol) hay que recoger del suelo el tubérculo que el tractor desentierra, descoronar con un azadón, cargarlo en el camión... Son los días del dinero, pero también los del trabajo forzado durante diez horas, en pleno verano andaluz, entre el polvo de la tierra, el sudor, el escape del camión, la calor...

Es decir, que para el de Lebrija, como para todo el campesinado andaluz, el problema fundamental es la inestabilidad en el trabajo. No hay trabajo fijo. En el pueblo hay que reconocer que se respira un ambiente de cierto desahogo económico —motocicletas, comercios, tabernas— que quizá pueda enmascarar esta realidad. Pero el caso es que el trabajo, encontrarlo, llegar hasta él, realizarlo, es un calvario. Ahora en noviembre y en diciembre, los días negros del paro hasta que, tras las lluvias, llegue la castra de la remolacha; en febrero y en marzo será la chasca; en abril habrá otro paro inevitable —el que suele coincidir con la Semana Santa, como el de ahora con la Navidad, tristeza de los días de fiesta andaluza—. En mayo habrá diez días de trabajo en la entresaca del girasol, la única labor para

CUADRO NUM. 2 DISTRIBUCION POR CULTIVOS DEL TERMINO MUNICIPAL DE LEBRIJA

	Ha.
Cereal seco	19.513
Cereal riego	231
Pastos	11.353
Eucalipto	612
Frutales seco	22
Frutales riego	8
Alcornocal	0
Huerta riego	37
Improductivo	2.462
Monte bajo	2.973
Agrios regadio	26
Olivar seco	2.462
Olivar riego	0
Arboles de ribera	9
Viña seco	286

Total hectáreas ... 40.001

Fuente: Sindicato Local de Lebrija, 1973.

donde se dice que el año pasado la cifra que se gastó en importaciones innecesarias de productos agrícolas, como ésta del azúcar, fue de cuarenta y ocho mil millones de pesetas.

Amor es...



...compartir

El pequeño libro que ayuda a vivir

...un abrazo cálido.

...estremecerte toda al pensar en él.

...admitir que "vale más chica en mano que ciento volando".

...que él se te suba a la cabeza.

...lo que te hace sonreír de oreja a oreja.

...comer una tostada con ajo sólo cuando él también la come.

Amor es...



...para siempre, siempre, siempre

El pequeño libro que ayuda a vivir

60 pesetas

NORILDIS

Distribución en exclusiva EDITORIAL NOGUER, S.A.

F

FERNANDO TORRES
EDITOR

VENTURAS Y DESVENTURAS DE LA PRIMA ANGELICA

Una crónica de **DIEGO GALAN**.
200 pesetas.

EL CINE ESPAÑOL, EN EL BANQUILLO

Serie de entrevistas
de **ANTONIO CASTRO**:
**Javier Aguirre, Antonio del Amo,
Bardem, Berlanga,
Roberto Bodegas,
Mario Camus, Fernán-Gómez,
Patino, Lazaga, Luis Lucia,
Pedro Olea, Picazo,
Carlos Saura, Sáenz de Heredia,
Summers y otros.**
350 pesetas.

¿REIRSE EN ESPAÑA? EL HUMOR ESPAÑOL, EN EL BANQUILLO

DIEGO GALAN entrevista a:
**Mingote, Chumy,
Gila, Summers, Máximo, Ops,
Macarra, Eguillor,
Cesc, Perich, Forges, Ibañer.**

Encuesta a **Pedro Alfaro,
Pemán, Antonio,
Aranguren, Buero Vallejo,
Castilla del Pino,
Delibes, Fraga, Gil Robles,
Haro Tecglén, Mirel,
López Vázquez, Marsillach,
Martín Vigil, Savater y otros.**
250 pesetas.

Distribuye:
VISOR LIBROS
Isaac Peral, 18
Madrid-15

LES PUNKES
Pou Dolç, 6
Barcelona-2

56 **triumfo**

LEBRIJA

el peonaje en este cultivo mecanizado. Habrá otro paro discreto en junio hasta que comience la saca de la remolacha. En octubre, cuando acabe ésta, habrá quien —casi siempre la familia completa, padres, hijos e incluso algunos familiares más, todos mano de obra a la oferta— emigre a otras comarcas para recoger el algodón.

—Total —nos resumía un viejo trabajador lebrijano—, ponga usted que el que más echa unos doscientos días de jornal al año...

¿Y cuánto se gana en estos doscientos días en que entra el dinero en casa, en unas casas siempre con muchos hijos, en las que las mocitas se tienen que ir a servir de criadas a Sevilla, a Jerez, a las playas en el verano? Las cifras que dan patronos y obreros no suelen coincidir, dado que son trabajos «por cuenta», o sea, a destajo. Mientras que un patrón me aseguró que un sacador de remolacha (en la zafra) podría obtener por cuenta un jornal diario de 1.200 pesetas, un obrero me precisó que, como término medio, un hombre de treinta años podrá llegar en diez horas de trabajo a las 800 pesetas, si recoge y carga en el camión 4.000 kilos, porque se ha estado pagando a 200 pesetas la tonelada. Pero ésta porque es la labor más dura de la remolacha; los jornales son más bajos en las

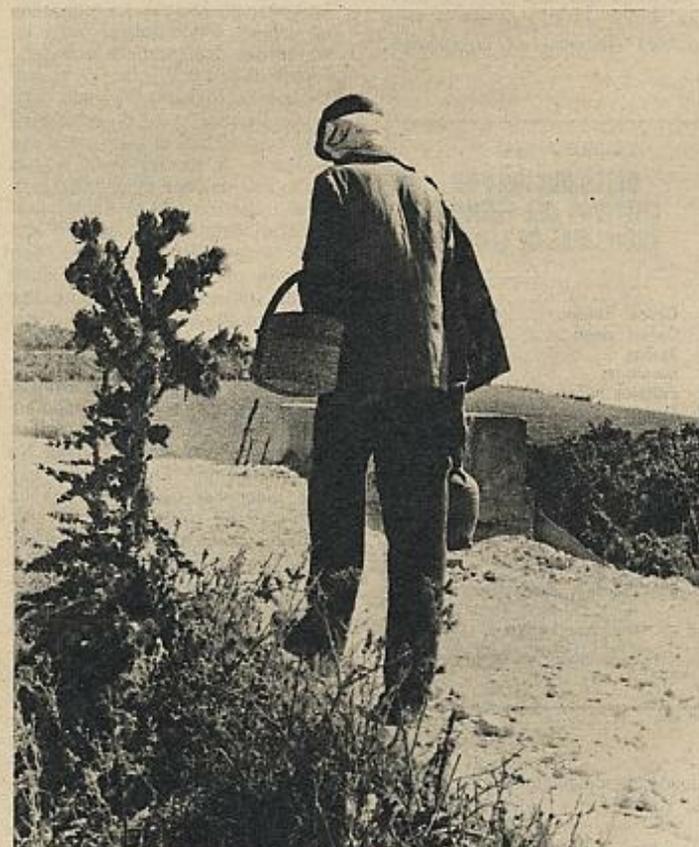
otras faenas, en la castra (por siete horas, unas 600 pesetas) o en la escarda (igual jornal por unas seis horas de trabajo). ¿Y en el algodón? Las cifras medias son más difíciles de obtener. Porque ya hemos dicho que la familia se convierte entonces en cuadrilla para la recogida y sale del pueblo en busca de trabajo, a Cantillana, a Brenes, a las marismas del Guadalquivir. Recogiendo algodón un padre, una madre y cuatro hijos —a los que acompaña indefectiblemente una abuela que se encarga de la comida y del cuidado del infrahumano habitáculo que les improvisan en el cortijo— pueden sacar 2.000 pesetas al día, si recogen 330 kilos. Mano de obra infantil, pues, en el algodón. Hay épocas en que los niños dejan de aparecer por la escuela, incluso los padres van previamente a avisar de la inasistencia: están en el algodón con toda la familia, una fuerza de trabajo más. (Con la pintoresca particularidad local de que muchas de estas familias que van a hacer el algodón son gitanas. Quizá sea únicamente en Lebrija —donde me dicen que viven 3.000 calés— donde se haya dado una integración completa de los gitanos en la sociedad paya; su misma participación en trabajos agrícolas lo demuestra suficientemente.)

Algo más que la sequía y el paro

La otra tarde hablaba en Lebrija con un grupo de trabajadores acerca de estas cuestiones, de la crisis, del paro, de la sequía. Detectábamos una actitud que se podría advertir también en los grupos de parados de la plaza, en los corros del vino de la taberna La Rejoja:

—La actitud de la patronal ante estas cuestiones es siempre paternalista. «Pobrecillos, que no tienen trabajo». «Es menester que llueva para que esta gente...». Todo lo más, se adjudican los fondos de paro, del Ayuntamiento o de la Mutualidad Agraria, se asfaltan unas calles, se hace el alcantarillado, pero el problema sigue, y el año que viene, igual. Antes se tenía la conciencia de que el campo dependía de la climatología. Pero ahora sabemos que no se debe depender del tiempo, sino que es la sociedad la que tiene que prever estas situaciones. La resignación del campesino andaluz está en crisis, como tantas cosas. Ellos cambian los cultivos cuando les interesa, cuando el Gobierno sube el precio de la remolacha o del girasol. Y no se pueden cambiar los cultivos sin ver los intereses de los trabajadores. O sea, que en el fondo es un problema político. Se toman unas decisiones y se olvida a los que las sufrimos. En otra estructura política no se produciría este problema. Pero, mientras, esto es un mercado de carne. Estamos en la plaza y llegan los manijeros y los aperadores, y eligen al más fuerte, o al más amigo, o al que menos les mete las cabras en el corral. Y nosotros somos los que sufrimos esto. Si llueve ahora no habrá trabajo hasta enero. Y si se tira otros veinte o treinta días sin llover, pues entonces cualquiera sabe hasta cuándo no habrá trabajo.

En Lebrija sigue la misma torre de Hernán Ruiz en la parroquia de la Oliva que viera Azorín al bajarse del tren, con su capa de hidalgo. En Lebrija hay todavía una plaza donde, con un ritual trágico, se representa puntualmente en dos épocas del año el triste drama andaluz del paro, cuando se va acercando la Navidad y cuando en las ciudades empiezan a sonar los tambores para los ensayos de la Semana Santa. En Lebrija sigue en pie buena parte de la Andalucía contada por Azorín en las páginas de «El Imparcial». Aquellas crónicas no gustaron entonces, y Ortega y Munilla tuvo que acabar retirando la colaboración al maestro, que salió del periódico para comenzar su carrera en «ABC» como cronista de un viaje regio. Quizá la razón fuera que entonces no se podía escribir de la Andalucía trágica. Hoy que medio se puede, comprueba uno que parte de la Andalucía trágica, cincuenta años más tarde, sigue en pie. Allí, en Lebrija, en el paro y en la sequía. ■ A. B. Fotos: MARIO FUENTES AGUILAR.



Antes se tenía la conciencia de que el campo dependía de la climatología. Pero ahora sabemos que no se debe depender del tiempo, sino que es la sociedad la que tiene que prever estas situaciones.